

LA DEMOCRACIA EN EUROPA

LUCIANO CANFORA
La democracia. Historia de una ideología

(trad. de María Pons Iraizábal,
 Crítica, Barcelona, 2004).

Antonio Fernández Díez

Con unas breves palabras como epígrafe que sirvieran de ayuda para definir la disolución y el transcurso de lo que se ha entendido por democracia en la época moderna, seríamos capaces, sin duda, de alumbrar la noción restrictiva o fronteriza que, semejante a un estereotipo, a menudo ha recibido la libertad de expresión, y la posibilidad de su consiguiente ampliación, y por la que, tal vez inconscientemente y en apariencia, lucharon los mayores defensores y dirigentes de la democracia como, con cierta extrañeza para nosotros, Pisístrato, el tirano más aterrador que tuvo Grecia, o Pericles, que, según las lecturas de Canfora de Tucídides, dispuso el organismo de la democracia al margen de la igualdad de derechos, o el *princeps* y dictador Augusto, y pensadores o revolucionarios como Espartaco, esclavo y caudillo que se enfrentó y humilló a Roma, Robespierre, Marx y su dictadura del proletariado que después revivirían los bolcheviques en la revolución rusa de 1917, o Garibaldi; y gracias a la cual las diferencias de raza, de país o de costumbres habrían de acabar formando parte de un plano secundario en el que “la base ideológica — en palabras de Canfora— siempre es la misma, y lo que cambia es el contenido geográfico de la palabra Europa” (el subtítulo del libro reza la ‘historia de una ideología’, una historia, en mi opinión, tan formal o

aparente o incluso tan observada desde fuera, o quizás valdría con decir que algo desgastada por el curso del tiempo, por el curso de su propia historia o la insistencia en circunscribir la historia de las ideas a una única idea de la historia, como la tarea de mediación del estudio filológico con el que, en cambio, Canfora pretende acercarnos a la adhesión y el consenso parlamentarios de toda idea o representación política o cultural).

Por otra parte, la transmisión del lenguaje político está sometida indefectiblemente y *de iure* a una interpretación capciosa de los hechos, por encima de la capacidad de reacción popular, con la ilusión, y el peligro para la democracia, de que al comenzar a resquebrajarse la superficie de algunos valores universales se produzca una “transformación de los representantes elegidos en clase política” o una diferencia de clase radical entre los representantes de la democracia. La democracia como una “idea-fuerza” o una potencia para el *demos*, y no sobre él, sería más extraña a la premisa mediante la cual, a juzgar por el punto de vista de los defensores y dirigentes de la democracia, y de cualquier régimen político en general, la necesidad de una interrupción inmediata del flujo de poder debería advertir de una oposición sustancial, y no consustancial, a la conservación de su correspondencia entre la voluntad o conciencia que lo podrían sustentar (y quizás ésta ya sea una palabra que caiga por su propio peso) y los intereses por los que debería velar determinado sustento, que a una revolución permanente, paradójicamente y con cierta impronta maquiaveliana fijada en la ausencia de consuelo, como vía de escape o método de depuración de la democracia; y no como si, olvidando que “hasta la Revolución toda la cultura y todos los lenguajes (incluidos los políticos) tienen una base clasicista” —e imagino que las palabras de Canfora también podrían interpretarse aquí como una alusión a la revolución con minúscula— y, en su lugar, recordando el sentimiento ateniense (monárquico) que defendería en sus obras Charles Maurras, febrilista y discípulo del filósofo Augusto Comte, que terminaría siendo asesinado

por el gobierno de la República, y no como si —decía— una república abandonada a la esclavitud de una mayoría curiosamente no elegida, que en Atenas, por ejemplo, tendría originariamente que ver con el legado natural de la propiedad o, en concreto, de las adquisiciones territoriales, de una naturaleza política tangible y un tanto escrupulosa, pudiera explicar legítimamente, en función de una especie de compromiso por las libertades o ética de la ciudadanía propia de las democracias liberales y populares del siglo XX que, hasta ahora poco efectiva, aún perdura con la apocada apariencia de una democracia (¿una monarquía?) entendida, sintomáticamente contraria a cualquier medida de prevención, como la mejor “forma de poner remedio a los efectos desagradables del sufragio universal”, el transcurso o desenlace de la democracia dentro de un único contexto con demasiados límites, no muy representativo.

El uso ambiguo y la justa contradicción entre la voluntad y los intereses políticos tratarían de asumir y, en principio, llegarían a corroborar la distracción, o el desenfoco, del lector atento de la historia de la democracia a una tergiversación de su contexto y, a la vez, a una oportuna aclaración de las formas en que ha ido desarrollándose a lo largo de más de dos mil años en una labor aún por concluir: la voluntad y la teoría y, en definitiva, la apología de la democracia, en buena medida sinónimos de los intereses y la experiencia políticos y, por extensión, del favor, y no del voto, de los dirigentes o representantes de la democracia, bastarían, en la medida de lo posible, para la expiación de las culpas alimentadas por un exceso de poder nunca lo suficientemente maduro —que Canfora recuerda literalmente en referencia a los orígenes de un poder excesivo que siempre emana del pueblo, esto es, esencialmente de una democracia—, o el ideológico y manipulador (¿del voto?) “culto a la riqueza”, cuyo precedente más próximo se remontaba para Canfora al cesarismo, del que en ocasiones él mismo intenta partir retomando la escisión entre cesarismo positivo y negativo de Antonio Gramsci, y luego había de propagarse, o recaer —y hablar de disolución ahora equivaldría a

incurrir en un grave error del que, por citar un caso ejemplar, el comunismo soviético de Lenin pretendía salir impune— en las figuras imperiales de los Bonaparte y los fascismos de Mussolini y Franco o en pro de la persistencia de la producción masiva del capital y las oligarquías— como sucedió en la Grecia de Sócrates y Platón con el gobierno de los Treinta Tiranos encabezado por Critias y emplazado en el tribunal ateniense del Areópago, un lugar, como sabemos, marcial por excelencia—, con el sofisticado propósito, cada vez más griego (europeo), de instaurar una nueva república no tan vieja o “volver a pensar en la dictadura como una forma de poder apetecible y necesaria”, e implícitamente constitucional.

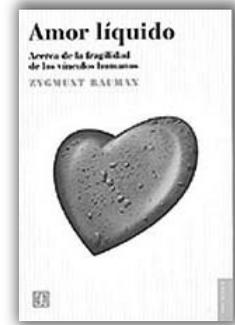
A finales de 2005, el periódico alemán *Süddeutsche Zeitung* anunciaba la rescisión del contrato de publicación de *La democracia* de Luciano Canfora por parte de la editorial Beck Verlag de Munich, un libro que aproximadamente un año antes ya había sido publicado originalmente en italiano y después en español, francés e inglés, en un artículo titulado ‘Antiguos prejuicios y nueva ignorancia’, donde Canfora era tachado de procomunista y proestalinista por omitir los crímenes de guerra de la Unión Soviética y el Gulag de Stalin, elogiar la Constitución soviética de 1936 y obstinarse, si bien estimando a Alemania como “uno de los pueblos más cultos de Europa y tal vez del planeta”, en el régimen ultracatólico de Adenauer, y que pronto se encargaría de confirmar el diario italiano el *Corriere della Sera* en otro artículo titulado ‘La democracia de Canfora prohibida a los alemanes’, calificándolos de provincianos sin remedio. Es difícil no sentirse impotente al escuchar con palabras de cierto alivio que “la historia de todas las revoluciones enseña que cualquier ruptura acaba recomponiéndose antes o después”, pues igual que Canfora se ha visto últimamente acusado, reducido a un instante de libertad del que insiste en alejarnos, por los restos supervivientes de los viejos comunismos y fascismos del siglo pasado en una era bastante más comprometida, y tal vez más ilustrada, por el cambio y el porvenir de la historia, nosotros, sin distinciones ni prácticamente identi-

dad, deberíamos vernos, y movernos, rodeados de menos distracciones que pudieran hacernos susceptibles de restarle demasiado valor al tiempo de libertad que siempre anhelamos en todas partes, en ningún lugar concreto.

Si la historia de la democracia, cuya “única y sustancial condición previa” es el sufragio universal (en 1648, por ejemplo, el derecho al voto en Inglaterra estaba vinculado al origen étnico), no resultara más que un mero ensayo de derechos incluido en un marco cultural de escaso reconocimiento nacional, al que, cada vez más, parece apuntar en la actualidad el creciente imperialismo estadounidense, y nuestras consideraciones al respecto sólo sirvieran para poner de manifiesto la difamación de la libertad en la historia política de Europa, las útiles acotaciones de Canfora a cuanto se ha especulado sobre ello, o se ha dicho equivocadamente, o incluso aún queda por decirse, convergerían en una aspiración común de todas las partes del pueblo de convertirse en ciudadanos, por qué no, “tal vez no ya europeos”, y corroborarían la tesis de que la historia de la democracia —“de hecho, un producto inestable... El dominio (temporal) de los desposeídos a lo largo de un inagotable conflicto por la igualdad”, advierte al final Canfora— es, en efecto, la idea de una historia forzosamente confabulada contra Occidente por nosotros mismos, los propios occidentales.

¿Es la democracia un recurso para alcanzar aquello que conlleva un poder excesivo y no la regla fundamental del poder en que puedan verse representados todos los pueblos? ¿Hay algo más democrático que la monarquía? ¿Puede surgir, por decirlo así, una democracia ofensiva, o de contraataque? ¿muy parecida, por cierto, a la complejidad de la Alemania democrática que reunía según Canfora al ejército, a la burocracia y la monarquía?, capaz de subordinar el desarrollo económico a la expresión de la libertad o de sortear las desigualdades entre los hombres gracias al voto incondicional, o la voluntad general, de las facciones enfrentadas por fraguar un consenso más allá de las reticencias de cualquier forma de comunicación? ¿Pode-

mos, y debemos, contentarnos con salir del paso del presente sin fijar la vista en un horizonte por el que llegar a ser más que un pueblo? ¿Es posible vivir civilizadamente mientras somos conscientes de la inaccesibilidad a la libertad a la que está sujeta la democracia?



MÁS DESORDEN AMOROSO

ZYGMUNT BAUMAN

Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos

(trad. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2005).

David P. Montesinos

El mayor *choque cultural* de mi vida lo recibí en un país tan poco exótico para nosotros como Cuba. Entendí por qué se dice que los cubanos son los mejores mecánicos del mundo: jamás cambian una pieza. Dado que no disponen de repuestos —precariedad y bloqueo obligan— han de ingeniárselas para mantener durante décadas vehículos y otros artefactos, lo que ha determinado ese peculiar carácter de museo automovilístico viviente que tienen las calles de La Habana. Lo que tiene de milagrosa esa resistencia a la desaparición, lo que puede haber de amoroso —casi erótico— en la relación del cubano con su viejo coche, está a una distancia intolerable de nuestra condición de *homo consumens*, cuyo designio es interesarse por objetos presuntamente seductores que no tardará en desear sustituir, en una lógica del uso y desecho que jamás encuentra satisfacción. “Después de todo, autos, computa-